

El enano Pedigüín

Hace mucho tiempo, en un reino muy lejano, vivía un molinero llamado Consensus Izquierdus. Como su nombre indica era sumamente pobre, ya que todo lo regalaba a unos y a otros. Poseía un pequeño molino en donde transformaba el cereal en harina, cuando el año lo permitía.

Consensus tuvo una hermosa hija y como era hombre de raras ideas la llamó Logsabia. Esta creció casi desnuda, en medio de una gran pobreza, hasta que alcanzó la edad secundaria, convirtiéndose entonces en una adolescente bellísima, aunque pobre.

Por aquel entonces Consensus empezó a avergonzarse de la semidesnudez de su hija y transformó radicalmente su actitud; intentó buscarle un novio rico para que la vistiese, la alimentara, se casara con ella y tuvieran hijos.

A partir de entonces, a Consensus le llamaron Disensus Avaricioso, y su carácter fue agriándose de día en día.

Hizo correr el rumor, como si de un pregonero se tratara, de que su hija Logsabia poseía una gran sabiduría y que todo el que pasase un ciclo con ella obtendría éxito en la vida y se haría rico.

La fama de Logsabia corrió de boca en boca, de comadre en comadre, de plaza en plaza, de pueblo en pueblo... de esta manera llegó a oídos del joven príncipe que recientemente había heredado el reino.

El príncipe, llamado por sus súbditos Pepe "el Breve", era un joven de estatura reducida y de poblado bigote que le ocultaba la parte inferior de su cara. De todos es sabido que las personas que esconden su boca intentan disimular sus aviesas intenciones.

Pepe "el Breve" buscó rápidamente a Logsabia con la intención machista de vivir de ella en su nuevo palacio de La Moncloa. Descubrió prontamente que a pesar de explotar a Logsabia no aumentaban sus riquezas. La hizo trabajar en turnos, le amplió los horarios, le dio poco para su manutención, le cedió las peores instalaciones... Llegó a agobiarla tanto que la hizo sentirse prisionera de una cárcel administrada por religiosos mercenarios.

Logsabia lloraba y lloraba hasta que apareció en su vida un hombrecillo de edad avanzada, limitada verticalidad, escaso pelo, cara esferoide, voz estridente y con abundantes tics gestuales. Al hombrecillo, oriundo de la Catalonia, llamábanle Enano Pedigüín, pues siempre pedía dinero a cambio de todo y de nada.

- ¿Por qué lloras, belleza?- preguntó con insolencia.

- El príncipe Pepe "el Breve" me ha ordenado convertir a todos los que se acerquen a mí en personas tocadas por la fortuna y yo temo no conseguirlo y que resulten ciudadanos fracasados -contestó Logsabia, acalorada.

El enano Pedigüín, moviéndose nerviosamente y hablando en lengua de infieles o de cristianos viejos, le contestó:

- "Ascolta", hermosura, no te has dado cuenta pero todos los que están contigo pueden ganar dinero pues les enseñas cosas que les permitirán instalar telares y manufacturas, armar bajeles y goletas, comerciar con cristianos e infieles, construir catedrales y palacios. Habla con Pepe. Convéncelo de que te dote de más medios, pues así multiplicarás los éxitos

como si de una parábola bíblica se tratara. A cambio sólo te pido alguna bagatela que concretaremos más adelante.

Logsabia aceptó su propuesta, viendo en ella la posibilidad de que Pepe la dejase obrar con libertad.

Años después, los ciudadanos exigieron a sus gobernantes cumplir la máxima latina "Quod dare non possis, verbis promittere noli" (no prometas lo que no puedas dar); y Pepe "el Breve" fue invitado a marcharse por un pueblo culto, erudito y políglota que se dotó de un sistema político de corte republicano y democrático.

El enano Pedigüín intentó chantajear a Logsabia, exigiéndole quedarse con la explotación de sus hijos más afamados:

- Escucha, mujer, necesito unos servicios privados de dos de tus hijos. Infantilis debe ocupar el bajo de mi casa para darle alegría y Fipis debe realizar unos arreglos de albañilería, fontanería y carpintería en el mismo.

- Enano Pedigüín, que quieras explotar descaradamente a mis hijos para que el beneficio lo atesores tú y tus amigos los mercaderes, me parece el colmo.

Ya no era la adolescente atolondrada de antaño y como una mujer, le plantó cara, pronunciando la conjura contra los enanos pedigüeños: "Contra el vicio de pedir, la virtud de no dar"; no ocurrió nada y, aterrada, pensó que Pedigüín la había ganado, al verlo reír descaradamente.

Logsabia, con velocidad eléctrica, repasaba mentalmente el "Ars conjurandis", hasta que descubrió dónde radicaba su error: "Contra el vici de demandar, la virtud de no donar".

Se escuchó un alarido desgarrador, el sol fue ocultado por una enorme nube de azufre, la tierra se abrió y un gran estruendo se elevó desde el fondo del averno. Era el fin de Pedigüín.

Logsabia y sus hijos crearon gran riqueza intelectual que repartieron solidariamente entre los habitantes de aquel lejano lugar.